

**San Roque: indígenas urbanos,
seguridad y patrimonio**

**Eduardo Kingman
(Coord.)**

FLACSO Biblioteca



FLACSO
ECUADOR



307.66
5515

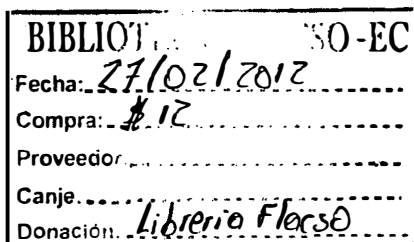
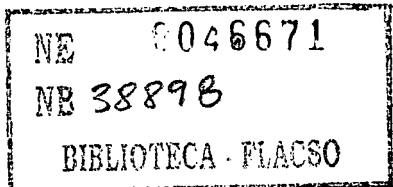
San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio / compilado por Eduardo Kingman. Quito : FLACSO, Sede Ecuador : HEIFER, Ecuador, 2012

214 p. : il., cuadros, gráficos y tablas

ISBN: 978-9978-67-315-7

BARRIOS ; CIUDADES ; SOCIOLOGÍA URBANA ; ESPACIO URBANO ; BARRIO DE SAN ROQUE ; QUITO ; ECUADOR ; INDÍGENAS ; IDENTIDAD ; NIÑOS ; MIGRACIÓN INTERNA ; SEGURIDAD ; RACISMO ; RENOVACIÓN URBANA ; CENTROS HISTÓRICOS.

307.3364 - CDD



San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio

1era. Edición: **FLACSO, Sede Ecuador**
La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro
PBX.: (593 2) 3238888
Fax: (593 2) 3237960
www.flacso.org.ec
Quito-Ecuador

HEIFER, Ecuador
Tamayo N24-587 (1313) y Colón
Telf: (593 2) 2501427 / 2908985 / 2556241
fundacionheifer@heifer-ecuador.org
Quito-Ecuador

Diseño & Diagramación: Santiago Calero Flores

ISBN: 978-9978-67-315-7
Impresión: Rispergraf
Quito-Ecuador

Impreso en Quito Ecuador, enero 2012

El presente libro es una obra de divulgación
y no forma parte de las series académicas de FLACSO-Sede Ecuador.

Índice

San Roque y los estudios sociales urbanos <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	7
El barrio de San Roque... Lugar de acogida <i>Abraham Azogue</i>	21
Matices y texturas de la identidad cultural étnica en contextos urbanos. En el caso de los kichwas de Chimborazo <i>Gina Maldonado</i>	37
Construcción de identidades de las vendedoras Kichwas y mestizas y los juegos de poder en el mercado de San Roque <i>Clorinda Cuminao Rojo</i>	79
Los indígenas y el espacio ciudadano. Los lugares de vivienda <i>María Augusta Espín</i>	101
Entre juegos, trabajo y 'roba burros': un acercamiento a las tácticas de vida y resistencia de niños y niñas indígenas migrantes en el espacio urbano <i>Erika Bedón</i>	135
Ciudad, seguridad y racismo <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	175

Ciudad, seguridad y racismo⁵³

Eduardo Kingman Garcés

El objetivo de este trabajo es reflexionar acerca de la relación entre seguridad, racismo y usos sociales de los espacios. Aún cuando el estudio se centra en Quito se espera dar paso a una discusión más amplia relacionada con el biopoder y la biopolítica.

Nociones como las de seguridad y biopolítica han sido asumidas en el contexto del debate europeo sin que existan suficientes estudios que muestren su fertilidad al momento de analizar procesos como los nuestros. El nacimiento de la seguridad, en un sentido histórico moderno, coincidió con el desarrollo del mercado interno, la urbanización y la formación de economías manufactureras e industriales en Europa. En términos sociales forma parte de un nuevo tipo de preocupación por el gobierno de poblaciones en proceso de urbanización, desligadas de antiguos lazos patrimoniales y comunitarios, incorporadas a flujos y relaciones múltiples. Estos dispositivos al mismo tiempo que contribuyeron al funcionamiento social sirvieron de fundamento para la organización del Estado. El control sobre la vida, en términos biopolíticos, ha sido parte importante de esa dinámica.

¿En qué medida pueden ser útiles nociones como la de seguridad o la de biopolítica para estudiar sociedades fragmentadas, con un limitado desarrollo de los aparatos del Estado, mercados incipientes, regiones escasamente conectadas entre sí como las del Ecuador, Perú o Bolivia en la colonia o en el siglo XIX? Desde la perspectiva del análisis histórico y antropológico las nociones se definen y se redefinen en relación a contextos concretos. La noción de sociedad disciplinaria, por ejemplo, difícilmente puede aplicarse a la sociedad colonial del siglo XVIII aunque se hayan dado algunas instancias disciplinarias y proto-disciplinarias como las de los internados. Las relaciones de poder son

53 Este texto fue publicado previamente en el libro "Desarrollo, desigualdades y conflictos sociales. Una perspectiva de los países Andinos. Instituto de Estudios Peruanos. IEP. 2011

consustanciales a la vida social pero no funcionan del mismo modo siempre. De acuerdo a Deleuze (1997) en la sociedad contemporánea las operaciones de control han pasado a colonizar otras formas de poder temporalmente anteriores, como las disciplinas sin por eso eliminarlas, mientras que para Agamben (2004) el biopoder pone en funcionamiento de un modo distinto el poder soberano. Otro tema importante es la relación entre seguridad, biopolítica y racismo. Si bien el racismo es un elemento común a la historia de América Latina no opera del mismo modo hoy que en el siglo XIX o en la primera mitad del siglo XX: en este último caso es una expresión del mundo de la hacienda y de la plantación mientras que actualmente hay que entenderlo no sólo en relación al pasado colonial [o a la reproducción de las fronteras étnicas] sino como parte de una biopolítica moderna.

La *seguridad* es concebida desde las políticas públicas, en términos de baja policía (Ranciere, 2006) cuando en realidad la policía es uno de sus aspectos, pero no el único. La noción de seguridad puede asumirse como política de control, represión y castigo o en términos más amplios de gobierno de las poblaciones. La seguridad está relacionada con las formas cómo se organiza el gobierno de las poblaciones y eso tiene que ver tanto con su economía y su bienestar como con su vigilancia, disuasión y control. Desde la perspectiva que nos interesa desarrollar en esta ponencia no podemos perder de vista, además, que la seguridad está interesada en los flujos y la organización de los espacios. En este sentido, los factores que marcan el gobierno de la ciudad son arquitecturales antes que solo urbanísticos o arquitectónicos.

Desde las políticas públicas existe una fuerte tendencia a ver los distintos elementos que organizan el funcionamiento de la ciudad de manera separada (Salgado, 2008) como parte de campos especializados de administración, mientras que a nosotros nos interesa analizar de qué modo se relacionan ámbitos aparentemente tan distintos como seguridad y patrimonio, policía y organización del espacio, patrimonio y racismo [La Alemania nazi, por ejemplo, estuvo muy interesada en desarrollar una política patrimonial como parte de la identidad alemana].

Perspectiva etnográfica

Migrantes indígenas, seguridad y racismo

San Roque es un barrio popular ubicado en el área no consolidada del centro histórico patrimonial de Quito. Está integrado por población indígena y mestiza, pero sobre todo indígena y mestiza-indígena. La percepción generada por los medios e incorporada al sentido común de los ciudadanos, es que se trata de un espacio descompuesto, sucio, peligroso, sujeto a intervención. De acuerdo a esa apreciación, San Roque es en sí contaminado y contaminante; en él están ubicados algunos de los sitios oscuros de la ciudad –el mercado, el penal, la zona de tolerancia– pero además un tipo de población que se asume como marginal e incluso como ‘paria’.

Se trata de una preocupación relativamente reciente –generada también en otras ciudades de América Latina– por determinados barrios o espacios, que ha sido incorporada a la práctica de instituciones asistenciales y de desarrollo, estatales y privadas. Pero lo que llama la atención de esta preocupación creciente por la suerte de esos barrios es que haya sido antecedida por muchos años de abandono. San Roque, como otros asentamientos de Quito, ha estado sujeto a una larga historia de indiferencia con respecto a sus condiciones ambientales, económicas, sociales y de seguridad. Sin embargo, estos mismos barrios han pasado de pronto, a ser parte de la preocupación ciudadana. Espacios ignorados, largamente abandonados a su suerte y postergados pasan a ser objeto de interés y preocupación. ¿Se trata de un giro en la acción estatal y privada? ¿Y si es así, qué es lo que pre-ocupa? ¿En qué se origina esa nueva forma de pre-ocuparse? ¿Qué significa ocuparse de ellos?

Nos da la impresión de que se trata de una pre-ocupación perversa, de un modo u otro relacionada con políticas de intervención. Lo que nos interesa entender en este texto son los factores que provocan que un determinado lugar pase a ser visibilizado como espacio desprotegido, violento, de extrema pobreza y por ende objeto de intervención

y desarrollo, en oposición a otros espacios que continúan siendo más bien ignorados. Nos gustaría analizar de qué modo sitios como San Roque, sujetos al abandono estatal, pasan a convertirse, de pronto en espacios de los que determinadas instituciones se ocupan. Lo que nos interesa, en definitiva, es saber en términos estratégicos, no sólo lo que se intenta hacer con esos sitios sino el sentido mismo de esa nueva forma de pre-ocuparse por ellos.

Sospechamos que esta visibilización [o des-invisibilización] de sitios como San Roque no es ajena a que se hayan convertido en *lugares deseados* por su cercanía con respecto al área consolidada de renovación urbana y en este caso específico, de intervención patrimonial. Reflexionar en este sentido no sólo nos ayudaría a entender las percepciones ciudadanas con respecto a los barrios populares sino que nos proporcionaría alguna claves para analizar la forma como se organiza la ciudad en su conjunto: por un lado grandes separaciones que dejan extensas zonas populares sin atención, por otro una preocupación puntual por ciertas zonas relacionadas con la renovación, la gentrificación y el patrimonio.

¿Cómo caracterizar a San Roque?

San Roque es un barrio con población predominantemente indígena y popular. Su ubicación estratégica entre el centro (parroquias de El Sagrario y Santa Bárbara) y los “otros barrios” explica la participación destacada de sus habitantes en las revueltas coloniales del siglo XVIII (Minchon, 2007). En Quito, como en otras ciudades andinas, algunos espacios servían de fronteras entre mundos sociales y culturales distintos. En este caso la noción de frontera se refiere a los puntos de encuentro y relacionamiento a la vez que de conflicto (Kingman, 1992). Los arrieros y cargueros que entraban con abastos por Santo Domingo se dirigían a San Francisco y a las calles adyacentes. Se trataba de espacios compartidos, a pesar de las diferencias étnicas, entre el mundo popular urbano y el rural. No podemos hablar de espacios públicos en un senti-

do moderno pero si de *espacios como fronteras*. Lo público-compartido no sólo giraba en torno al intercambio sino a unas *costumbres en común*. Santo Domingo, San Francisco, San Sebastián, San Roque, como zonas colindantes, cumplían un papel importante en la reproducción de una economía, una religiosidad y una cultura popular, de base urbano-rural.

El emplazamiento del que hasta hace poco constituyó el mercado más importante de la ciudad, en la parroquia de San Roque, dio un carácter peculiar al sector. Hacía la década del cincuenta y sesenta del siglo pasado, el espacio comprendido entre Santo Domingo, la Av. 24 de Mayo, la Ronda, el Cumandá, la calle Rocafuerte, San Francisco constituía un área fronteriza, bastante grande, entre el mundo campesino e indígena y la dinámica urbana. Además de ubicarse ahí el mercado, las abacerías, el antiguo Hospital San Juan de Dios, el penal y la cárcel municipal, esa era la zona a la que llegaba el transporte interprovincial e interparroquial, y en donde se encontraban lugares de hospedaje, fondas, chicherías, cantinas, casas de citas, lugares de compra y venta de productos artesanales, herramientas de segunda mano y ropa usada; siendo ahí, además, el espacio en el que se reclutaba albañiles, carpinteros, fontaneros y peones para los trabajos de la ciudad.

El largo proceso de cambio en los usos del suelo de las edificaciones y los lugares públicos del centro histórico que se produjo desde las primeras décadas del siglo XX, como resultado de la paulatina salida de las elites, lo había convertido en espacio de comercio y de vecindario de sectores medios y populares. [Un proceso inverso al que se ha vivido en este último lustro con la dinámica de 'recuperación del centro histórico' para las clases medias y altas].

Hacia 1960 San Roque se ubicaba en la periferia de ese espacio, y eso hacía que la tendencia a la yuxtaposición, y en determinados momentos y circunstancias, disolución de fronteras entre las capas medias y populares urbanas y el mundo rural e indígena, haya sido más intenso. El centro antiguo, y dentro de este San Roque, se estaba convirtiendo en un espacio popular compartido que operaba en sentido contrario de lo que era la tendencia de la ciudad en su conjunto: la formación de un

Sur y un Norte social, cultural y étnicamente diferenciados. En esto jugaron un papel importante el comercio y los oficios populares, así como la formación de vecindarios en muchas de las antiguas casas de las élites.

Se trata de un largo proceso de apropiación del centro histórico por parte de los sectores populares que continúa operando hasta el momento en barrios como San Roque, a pesar del proceso contrario, de “recuperación del centro”, desarrollado en los últimos años. Actualmente la mayoría de la población de San Roque es indígena o forma parte de las variadas formas de mestizaje indígena. Existe, sin embargo, un amplio sector de pobladores provenientes de las capas populares urbanas e incluso de los sectores medios que hace de San Roque un espacio fronterizo.

El nuevo mercado de San Roque se formó luego de que fue desmontando el mercado de San Francisco, que ocupaba la antigua estructura del mercado de Santa Clara y las calles adyacentes a la plaza de San Francisco. Hasta que se formó el mercado Mayorista, al sur de la ciudad, era San Roque el más grande de Quito, desde donde se repartía la producción a otros mercados, pero aún hoy continúa siendo un mercado importante, posiblemente el segundo en importancia después del Mayorista. En un estudio de los mercados de Quito realizado en el año 1984, cuando había comenzado a funcionar el Mayorista, se decía que los mercados de San Roque y del Camal continuaban siendo preferidos por los comerciantes minoristas y por los mayoristas fijos debido a los costos de transporte (Cazamajor, 1984). Para quienes desarrollan el comercio ambulatorio o son propietarios de pequeñas fruterías que operan en zaguanes y tiendas [una red predominantemente indígena] San Roque es, posiblemente, más importante por su cercanía a los puestos de venta en el centro y en el norte.

Perspectiva histórica

Existe una vinculación entre las estrategias de organización de la ciudad y el gobierno de las poblaciones en términos de seguridad. La investi-

gación señala tres o cuatro momentos en este sentido, pero no hay que verlos como fases dentro de un continuum, sino como distintos tiempos o configuraciones en la organización de poder.

La ciudad estamental y los trajines callejeros

La dinámica de la vida popular en el siglo XIX y parte del XX estuvo dada en gran medida por los oficios, el comercio y los trajines callejeros. Es cierto que un buen porcentaje de la gente formaba parte de espacios cautivos, pero inclusive en casos como los de la servidumbre o de las 'mujeres de la casa', todos eran en determinados momentos participes del mundo de la calle. El comercio popular permitía una cierta liberalidad en las relaciones entre los distintos grupos sociales y eso era el resultado de su funcionamiento 'maquínico', esto es abierto a una relativa desterritorialización (Deleuze, 1997). La posibilidad de hibridación se asentaba en buena medida en esa dinámica y se expresaba tanto en la variedad de los productos, como en la diversidad de individuos que se relacionaban por intermediación de ellos. La comercialización de alimentos, en particular, funcionaba a partir de una red de vendedores indígenas y mestizos, parte de los cuales eran, al mismo tiempo, productores. Las ordenanzas municipales que intentaban organizar esos flujos, por lo general se veían obligadas a tomar en cuenta la costumbre o a verse en situaciones conflictivas. El mercado no eliminaba las diferencias pero permitía la existencia de espacios relativamente abiertos a tratos e intercambios cotidianos.

Los vendedores provenían de pueblos y comunidades cercanas a Quito, pero también de los propios barrios quiteños. Además el comercio callejero, incorporaba en su dinámica a las mujeres, quienes habían pasado a ser las que dominaban en esa rama, al punto de que en la mayoría de documentos se habla de buhoneras, cajoneras, recatonas, y pulperas, en sentido femenino antes que masculino. Las buhoneras y cajoneras se ubicaban en los espacios de mayor confluencia, como los

portales de las plazas, lo que sería más tarde, durante la primera modernidad, uno de los motivos de mayor conflictividad.

La calle y en particular el comercio, mantenían vivas las relaciones entre los habitantes de la ciudad alrededor de una cultura en común basada en tratos e intercambios permanentes, así como entre el mundo de la ciudad y el del campo. Esto no significaba que se hubieran diluido las fronteras étnicas ni las formas de violencia que se generaban de manera cotidiana, debido a una condición poscolonial, pero existía una cierta dinámica de las relaciones que no se daba en espacios como los de los conventos e internados, las casas de familia, manufacturas.

La percepción benjaminiana de la calle como espacio productor de vínculos podría servir de base para ampliar esta discusión. Pero estamos hablando de tratos y relacionamientos cotidianos relacionados con la labor y con el comercio popular antes que con el “despliegue del mundo de las mercancías” ligado a los nuevos consumos masivos. El mercado generaba vínculos ocasionales entre el comprador y el vendedor, el vendedor y el proveedor, en los que a pesar del abuso, el engaño y otras formas de violencia simbólica frecuentes, como el “arranche”, era posible recrear vínculos y relaciones liminares, basadas en el juego de la negociación antes que en la imposición y el dominio. Se trataba de relaciones de mercado hasta cierto punto abiertas o no encapsuladas, entre vendedor y cliente, oferente y demandante, aunque no eran completamente libres, dado el carácter estamental. Estas formas de intercambio no siempre pasaban por la intermediación del dinero. Al contrario, en el comercio popular parece haber tenido un peso significativo, hasta ya entrado el siglo XX, el trueque, lo que daba lugar a todo un campo de relaciones cercanas a la economía del don.

El comercio quiteño, como de otras ciudades latinoamericanas, se organizó a partir de las plazas de mercado y de las calles del centro. Esto incluía tanto a los comerciantes que teniendo puestos fijos atendían a la puerta de sus locales [como es el caso de las bodegas o covachas de San Francisco] como al mercado callejero. También la actividad artesanal destinada al comercio popular, estaba bastante extendida en el siglo XIX y hasta avanzado el siglo XX. Era justamente el comercio el que permitía

la circulación de una producción artesanal y manufacturera destinada a un uso indígena y cholo [cintas, peinetas, naipes, juguetes, telas baratas, imaginería]. El ideal moral era que el mercado fuese lo más transparente posible [existiría un discurso sobre la regulación de los precios con el fin de no perjudicar a los pobres, por ejemplo] pero esto por lo general no se daba, sobre todo si tomamos en cuenta la práctica del “arranche” como medio de imposición de precios por parte de los comerciantes mayoristas blancos y mestizos a los proveedores indígenas.

El comercio contribuía a la circulación de todo tipo de gente por el centro de la ciudad. Además permitía la reproducción de una cultura material popular y una cultura corporal basada en cruces y encuentros. Al contrario de lo que se tiende a pensar, el comercio tenía efectos niveladores. Incluso en el contexto de una sociedad estamental: como la de ese entonces relacionaba a compradores y vendedores en un mercado abierto en donde se mezclaba todo tipo de gente. Esto operaba sobre todo en la vida popular, como un umbral entre lo mestizo y lo indígena pero muchos de los elementos generados por esos trajines incorporaban a otras capas sociales. Se trataba de tratos ocasionales pero generadores de habla, que muchas veces se prolongaban más allá del momento del intercambio. Podríamos hablar, extrapolando a Negri (2002), de la producción de elementos en común a través de la performatividad. Una de las expresiones más claras de esta performatividad eran la religiosidad y la fiesta pero también los momentos de conflicto y de protesta.

Testimonios de las primeras décadas del siglo XX muestran el “boato” con que se celebraban las fiestas de los santos patrones de los mercados. Estas fiestas, que contemplaban bailes y banquetes populares, eran el mejor medio de reproducción de las “esferas bajas de la cultura”, y generaban vínculos de reciprocidad entre vendedores de las plazas, dueñas de las covachas, arrieros y la gente del campo. La religiosidad con todas sus manifestaciones en ámbitos como la música, la producción de imágenes, las representaciones y rituales, estaba relacionada tanto con los oficios como con el sistema de plazas y mercados.

La modernidad temprana

Es justamente este mundo de las plazas y las calles abiertas a circulaciones múltiples lo que comienza a romperse a partir de la segunda mitad del siglo XIX con la modernidad católica (1861- 1875), pero sobre todo hacia finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX con la modernidad liberal. Conforme se acerca el cambio de siglo se va regulando el mercado en función de la higiene y el *ornato*, pero no se trata tanto de una disposición técnica como civilizatoria. Tanto el ornato como el sentido del gusto estaban orientados por los requerimientos de distinción y separación social y por construcción de un modelo de progreso. En una sociedad estratificada, la modernidad se expresaba sobre todo en actos de representación pública. Los ceremoniales, condecoraciones, títulos, ornamentos, contribuían a la reproducción de un orden jerárquico en un contexto de secularización. En el caso de nuestras ciudades el *ornato* se hizo presente en la formación de *escenarios cívicos* relacionados, sobre todo, con el ciclo de los primeros centenarios.

El *ornato* constituía un recurso de afirmación de las elites, en oposición al [mal] gusto por la ornamentación barroca propio de la cultura popular tradicional: el adorno abigarrado de los altares, las procesiones con sus músicos y danzantes, el vestuario de las vírgenes. Sin embargo, este proceso de separación fue lento y no operaba para el conjunto de la ciudad sino para determinados espacios.

Las propuestas de ordenamiento urbano de las primeras décadas del siglo XX pretendieron establecer una separación de los espacios entre un norte y un sur; sin embargo, en la vida cotidiana esas mismas élites se vieron obligadas a mantener relaciones de convivencia con el mundo indígena y popular que rechazaban. La base social de esta ambigüedad de las élites hay que buscarla en su fuerte dependencia con respecto al trabajo manual de la población indígena y mestiza [servidumbre, peonaje urbano, oficios, plazas y mercados]. Las actividades de servicio e intercambio, en el contexto de una sociedad estratificada y diferenciada étnica y socialmente, dieron lugar a una relación cotidiana entre grupos

sociales distintos. Y algo parecido se dio con relación a la vida doméstica y la servidumbre urbana. Estas relaciones eran particularmente claras en las plazas de mercado, como lugares con fuerte presencia indígena, sobre todo de mujeres, en donde era frecuente el uso del Kichwa y de marcadores étnicos como el vestuario. No es que hayan sido espacios ajenos a la violencia, pero se trataba de una violencia que surgía de los tratos cotidianos, cara a cara, y no de la separación ni de la acción indiscriminada de la policía.

Quito era en la primera mitad del siglo XX, una ciudad ubicada en el umbral de la modernidad, en la que si bien se había desarrollado un capitalismo incipiente, era aún muy fuerte el peso de la Hacienda, el corporativismo y los lazos de dependencia personales. El Plan Odriozola (1947) marcó una primera estrategia moderna de separación entre el norte y el sur de la ciudad, de acuerdo a las ocupaciones, los flujos y las clases sociales. En la vida cotidiana esto se profundizó a partir del apareamiento de actividades industriales embrionarias con sus barrios obreros y por otra parte espacios residenciales diferenciados. Visualmente esto se expresaba en hitos o separaciones, en buena medida imaginados, entre el sur, el centro y el norte, como el Panecillo, la avenida 24 de Mayo [ubicada sobre el relleno de la antigua quebrada de Jerusalén] la calle Rocafuerte que conduce a la iglesia de San Roque, el Panóptico y las canteras, la calle Maldonado que va de la plaza de Santo Domingo hacia el sur.

Se trataba de una separación en la que, sin embargo, continuaban operando distintos puntos de encuentro. El centro antiguo, en particular, estaba ubicado entre los dos espacios y compartía características de uno y otro. No hay que olvidar que a pesar de su tugarización ahí estaban ubicados los centros simbólicos del poder, así como buena parte de las casas bancarias y de comercio. Hasta los años 1970 e incluso 1980 el centro histórico era un lugar de circulación de distintos sectores sociales. Actualmente, por el contrario, la tendencia a separación y diferenciación social en el espacio es lo dominante, dentro de un escenario que de todos modos es dinámico y por tanto cambiante. Hoy no existe

la ciudad como un todo, capaz de acoger o por lo menos permitir la circulación del otro, sino espacios diferenciados, hostiles, de los que se recela y en los que se recela, se evita como espacios ajenos (Caldeira, 2007). Es por eso que resulta difícil hablar de ciudadanía en términos genéricos sino de distintos tipos de ciudadanos e incluso de ciudadanos y no ciudadanos, los mismos que han pasado a ser parte constitutiva de la ciudad aunque eviten encontrarse y dialogar entre ellos.

La ciudad como separación

La percepción de los barrios populares de Quito como espacios peligrosos, por los que no se puede circular, es un fenómeno relativamente reciente. Los primeros atisbos de ese proceso se dieron en las primeras décadas del siglo XX, con los albores de la modernidad, pero el mismo solo se convirtió en significativo en las dos últimas décadas, cuando lo que se ha dado en llamar el Sur [aunque buena parte del mismo está en el norte] y dentro de este Sur determinadas zonas [como La Marín, San Roque, el Comité del Pueblo, La Lucha de los Pobres] pasaron a ser estigmatizados por las políticas de seguridad. Se podría decir que han sido zonas abandonadas por el estado, desatendidas en sus necesidades básicas, sujetas a la doble acción de la “baja policía” y de las pequeñas mafias, en las que lo que ha reinado es la arbitrariedad (Agamben, 2004). Espacios dejados a su suerte y visibilizadas solo recientemente por los imaginarios del miedo profundizados desde los medios, con fines de intervención, adcentamiento y limpieza social, pero no de solución de los problemas más sensibles de la gente.

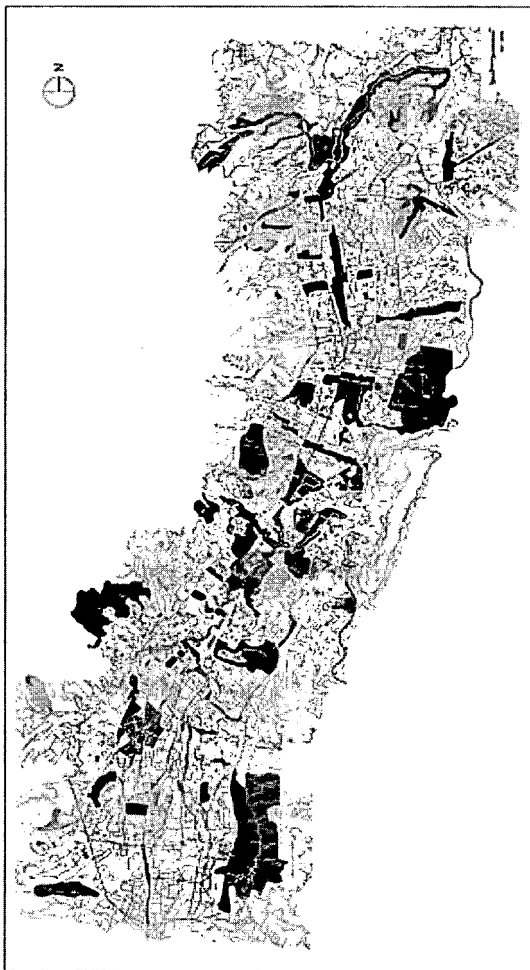
La dinámica poscolonial y del capitalismo tardío a la vez que da lugar a la expansión de las zonas residenciales de alto consumo, fortificadas como zonas de seguridad (Caldeira, 2007) provoca el crecimiento aún mayor de franjas poblacionales en las que se concentra la pobreza, como expresión en el territorio del proceso de des-regularización de la economía y formación de una población supernumeraria o superflua. La for-

mación de estos barrios de marginalización extrema sería un factor de estigmatización adicional de lo que Wacquant (2001) llama los parias urbanos. La constitución de esos espacios como peligrosos sería parte del proceso de criminalización de los más pobres. Se trata de un imaginario ciudadano construido en parte por los medios pero que toma peso, sobre todo, en los espacios fronterizos con las zonas renovadas o patrimonializadas, pero que también compete a otras zonas objetos de deseo como las de los valles.

La forma como han operado las políticas de renovación urbana, ha sido la de la realización de avances sucesivos sobre nuevas áreas, reinventando los dispositivos coloniales de conquista, ocupación e institución de espacios liberados o recuperados. [Algo que es muy claro en el caso de Santo Domingo, San Francisco, la Ronda, la Veinticuatro de Mayo, posiblemente San Roque].

Gráfico 1

Zonas de Intervención Distrito Metropolitano de Quito

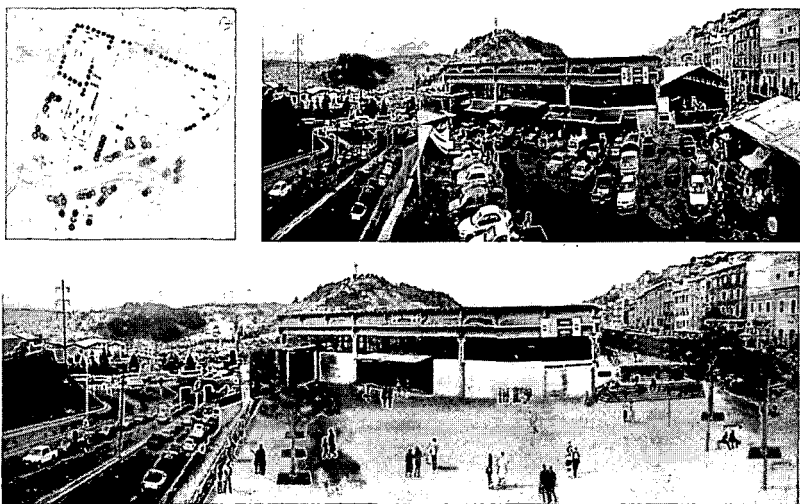


Fuente: www.quito.gov.ec "Presentación del Plan de Renovaciones Urbanas"

Si uno hace un recorrido por los límites del centro histórico y se desplaza en uno y otro sentido, puede percibir tanto los umbrales o fronteras como las murallas invisibles trazadas entre los espacios patrimonializados y por patrimonializar. En el mejor estilo de la escuela de Chicago, la ciudad es concebida como un área natural sujeta a cruzadas civilizatorias. La función del municipio es reordenar esos espacios e instaurar una normativa. Aparentemente se trata de intervenciones urbanísticas, cuando en realidad lo que se oculta es su carácter arquitectural, esto es las acciones sobre la población que acompañan a esas intervenciones.

Gráfico 2

Proyecto de revitalización urbana en San Roque



Fuente: "Presentación del Plan de Renovaciones Urbanas". www.quito.gov.ec

Administración :	Zona Centro
Barrio/Sector :	San Roque
Proyectos:	Calle Loja
Plazas -Equipamientos	1 000 000 Plazas,
Presupuesto:	600 000 equipamiento, 700 000 calle Loja
Fin de Estudios:	septiembre/2010
Ejecución obras:	noviembre /2010 - julio/2011
Estado Actual:	En estudios IMUQ

El centro histórico constituye un espacio simbólico referencial, pero también un espacio de innovación y especulación inmobiliaria. Las acciones municipales sobre las zonas sujetas a intervención desarrolladas por la anterior administración municipal [donde se concentra nuestro estudio] fue la figura de la negociación. En ese sentido se ha tratado de *intervenciones consensuadas*, distintas a las que se han dado en otras ciudades como Guayaquil o Lima. ¿Pero qué se negocia y qué se deja de negociar? La concepción que ha estado detrás de la acción municipal ha sido la de que se trata de “tierras de nadie” o espacios en situación de abandono, en espera de la acción del estado. Los agentes que toman las decisiones son por lo general externos, consultores o expertos que poco entienden acerca de la problemática social con la que se enfrentan. Lo que desarrollan los asistentes sociales que acompañan a esos expertos, es una acción de convencimiento, plantean la posibilidad de un ordenamiento racional del trabajo, las actividades, la seguridad pero no apuntan a los problemas de fondo, relacionados con la inequidad y la desatención por parte del estado. Aparentemente se busca consensos; sin embargo, la experiencia popular muestra que los términos de la negociación han sido decididos de antemano, de manera unidireccional, por los expertos.

En el caso concreto de San Roque, el municipio estuvo buscando la salida del mercado [la conversión de San Roque en un mercado de

barrio, en el mejor de los casos] y con ello la modificación de todo su entorno social. Lo que se ha negociado no ha sido, entonces, la salida o no del mercado, sino las condiciones en las que debía darse esa salida. Desde hace varios años el municipio viene planteando distintas posibilidades de reubicación del mercado, que no han sido aceptadas por la población involucrada. La idea consiste en formar una gran central de abastos entre Tambillo y Aloag, esto es fuera de la ciudad. Todos los mayoristas del mercado de San Roque, de la Ofelia y del mercado Mayorista del Sur, serían trasladados a esta Central de Abastos de Mayoristas. Otras actividades, como las relacionadas con la producción y venta de muebles de madera para uso popular serían reubicadas fuera de la zona central. Este proyecto sería acompañado por una serie de ordenanzas, por ejemplo de regulación del tráfico hacia el centro histórico, solamente por la Simón Bolívar, que impida ingresar los vehículos de gran tonelaje a Quito, de esta manera se corta el flujo de productos a San Roque, y se evita que se continúe con la dinámica comercial del sector, que es en la actualidad considerado un mercado mayorista.

[...] Volviendo al proceso de negociación, el Municipio quiere sacar al mercado de este lugar, primero porque se trata del centro histórico, y todo este discurso de patrimonio y no se puede tener la marginalidad en el centro de la ciudad. Desde el 2006 se abre un proceso de negociación con ellos, este traslado es parte de un proceso más grande de movilización del sistema de comercialización de perecibles en Quito, el problema, es que existe un montón de mercados pero todo eso es un desorden, no hay control. El mercado de San Roque quedaría como un mercado de barrio, pero ellos no quieren, porque es un súper negocio, no tienen que invertir y además hacen uso gratis del espacio público. Esto va a ser recuperado para el proyecto urbanístico, se ha propuesto hacer en esta plataforma el Centro Artesanal de Quito pero reconocido a nivel internacional, pero con los que se vuelvan verdaderos expertos y artesanos, los muebles que hacen acá no se pueden considerar artesanías, deberían tener una serie de características para que pueda ser consideradas artesanías (Entrevista a funcionario del Municipio de Quito, agosto de 2008).

Si se asume la experiencia de la salida del comercio informal del centro histórico, tal como fue orientada por las administraciones municipales anteriores, todo proceso de negociación tuvo un punto de quiebre en el que se plantearon acciones rápidas e irreversibles por parte del municipio. En realidad en todas las acciones de *recuperación* en el centro histórico se ha combinado una estrategia inicial de negociación, seguida por intervenciones unilaterales en las que se revela que las decisiones últimas ya habían sido asumidas de antemano. Todo esto ha sido generalmente precedido por campañas mediáticas de estigmatización y un discurso relacionado con lo público que va siendo asumido por el sentido común ciudadano y particularmente por los funcionarios encargados de decidir o asumir las intervenciones, como muestra la entrevista anterior.

Se trata de acciones urbanísticas, posiblemente acertadas en términos técnicos, pero que no son ajenas a políticas de gobierno de poblaciones basadas en acciones de limpieza social y en el desplazamiento de determinados sectores sociales de las zonas objeto de renovación urbana. Lo que nos interesa destacar es la relación de estas acciones con prácticas aparentemente inocentes como las del patrimonio, y esto es particularmente importante en un momento en el que ha existido [¿aun existe?] una fuerte tendencia a que todo sea patrimonializado y patrimonializable.

San Roque, un lugar peligroso

Nuestra hipótesis es que el proceso de estigmatización de determinados espacios, como sucios, oscuros y peligrosos, generada desde los medios antecede y acompaña políticas concretas de seguridad, en el sentido de baja policía, neohigienismo y limpieza social. En el caso de Quito, como de otras ciudades, el miedo incentivado por los medios encuentra su asidero en un habitus ciudadano constituido en el mediano plazo, como resultado de la modernidad y de la biopolítica, cuyo sentido último es el recelo del otro o en términos de Esposito la inmunización. Para los ciudadanos de plenos derechos la ciudad ha dejado de ser un espacio

amigable [si es que alguna vez lo fue] para convertirse en un campo de fuerzas en el que se hace necesario conjugar las políticas de ornato y reordenamiento urbano con las de policía.

Según la Unidad Antidelincuencial de la Policía, diariamente se denuncian dos casos de robos a transeúntes, sin considerar aquellos que van directamente a la Policía Judicial o los que no se conocen. Los antisociales operan en grupos de tres personas y son conocidos como “escaperos”, “pungas”, “carteristas”, “descuideros” y “paveadores”. También existen denuncias de que las cachinerías (locales de venta de objetos robados) están en El Tejar (*Diario Hoy*, 5 de julio 2003).

Los medios hacen alusión constante al alto índice de inseguridad que se vive en la ciudad, al mismo tiempo que intentan hacer un mapeo de los espacios especialmente peligrosos, particularmente los que se ubican en la zona no regenerada del centro histórico.

En el barrio de San Roque la delincuencia aumenta notablemente los martes, viernes y sábados que son los días en que se realiza la feria, explica una moradora que prefiere guardar el anonimato. Grupos de tres a cinco personas se ubican en la esquina de las calles Rocafuerte y Quiroga, e incluso tres hombres abordan las unidades de transporte colectivo para asaltar a los pasajeros. El Municipio colocó una cámara de vigilancia en la esquina de la Iglesia de San Roque. Sin embargo, en ese sector no hay mucha delincuencia, por lo que pedimos que el control se incremente en el mercado de San Roque y de los túneles por donde los asaltantes deambulan (*Diario Hoy*, 5 de julio 2003).

El énfasis puesto en San Roque constituye un fenómeno relativamente reciente, que acompaña a las propuestas de intervención en ese sector por parte de las últimas administraciones municipales⁵⁴. San Roque es percibido por los medios de comunicación como un lugar inhóspito, donde la presencia de redes organizadas de comerciantes y traficantes de puestos, la compra-venta de cosas robadas, junto a otras formas indefinidas de violencia (calificada como *baja*) han venido a incrementar el

54 Existe una propuesta de modificación de estas políticas de de intervención por parte de la administración actual, la misma que incluye en su programa de gobierno principios de inclusión social, étnica y de género.

estigma de peligrosidad que pesa sobre el barrio. La exacerbación de los imaginarios del miedo forma parte del intento de intervención en San Roque, concebido como un proceso complejo –dado el fuerte engranaje social constituido alrededor del mercado y los trajines callejeros– pero urgente debido a que se trata de un espacio colindante con la zona de mayores inversiones en términos de turismo patrimonial.

El centro histórico de Quito tiene una extensión de 300 hectáreas, incluidos el área colonial y los barrios aledaños. Ha superado problemas como la ocupación de las calles por parte de los comerciantes minoristas, pero persisten aquellos relacionados con la presencia de grupos pequeños de delinquentes o redes organizadas como la de la “Mama Lucha”, además de extorsión, consumo de droga y contrabando de mercadería [...] Este hecho, sumado a que el centro histórico se convirtió en un lugar conflictivo de alta concentración de gente, por el que pasan alrededor de 300 mil personas, con la influencia negativa que significa la presencia de la terminal terrestre, la cárcel número cuatro, el ex penal García Moreno, y la popularización de barrios como San Roque, Toctiuco y La Marín ha generado la proliferación de grupos delincuenciales, tráfico de drogas, prostitución, presencia de indocumentados y violencia. Hechos que, en menor grado, ahora se concentran en los alrededores de los centros comerciales populares y en las áreas periféricas del área colonial (*Diario Hoy*, 5 de julio 2003).

La información de la prensa busca enfrentar a los mismos pobladores, generando un sentido xenofóbico y racista, cuando no una diferenciación entre sectores civilizados y bárbaros, sobredimensionando determinados hechos de violencia como si lo que reinase en la zona fuera el terror y el desgobierno.

En El Tejar se ubican grupos de personas de color que amedrentan, en especial a quienes visitan el centro, porque los que vivimos en este sitio ya podemos identificarlos con más claridad. La gente que vive en el lugar prefiere no denunciar cuando son asaltados ni tampoco identificar a los delinquentes por temor a las represalias que ellos puedan tomar (*Diario Hoy*, 5 de julio 2003).

Algo interesante de comprobar –aunque sea menos notorio que en el caso de ciudades como Guayaquil, Salvador-Bahía o Medellín– es que los

criterios de intervención municipales se confunden muchas veces con los de la Policía. Para la Policía Nacional el problema de la delincuencia en Quito tiene uno de sus anclajes en el mercado de San Roque y es eso lo que hay que extirpar de la ciudad. Se trata de un reordenamiento urbano concebido en términos de seguridad y de limpieza sociológica. Una política de largo aliento de disputa de los espacios dentro de la cual operan tres o cuatro criterios básicos: la remodelación y control de los espacios públicos, la erradicación de la venta ambulante y los trajines callejeros, la constitución de mercados ordenados sin minoristas y la paulatina sustitución de los propios mercados por los súper *market* incluyendo en este modelo los llamados supermercados populares.

El criterio de la Policía es que la solución está en cortar el mal de raíz, y la manera de conseguirlo es organizando las ventas informales y de productos perecibles en toda la ciudad, en locales cerrados en los que se puede establecer vigilancia, además de transparentar el negocio (*Diario Hoy*, 5 de julio 2003).

En el imaginario construido por los medios de comunicación, Luz María Endara –más conocida como la “Mama Lucha”–, es un personaje tenebroso en el que se encarna buena parte del imaginario del miedo. Este permite construir una zona indefinida o de indefinición entre el comercio informal y las actividades ilícitas consideradas de “bajo rango” en la medida que se conectan de manera directa con la vida y la cultura popular [ratería, cachinería, extorsión de la venta ambulante].

El mercado de San Roque, que agrupa a 1700 comerciantes de productos perecibles y hasta donde llegan los vendedores ambulantes, especialmente los martes y fines de semana, está considerado como uno de los puntos más peligrosos del sector, por el desorden con el que se comercializan los productos y porque, según un monitoreo de la Policía Judicial, ha sido tomado por grupos organizados como el de “Mama Lucha”, quien sigue actuando en compañía de sus hijos, sobrinos y familia política. Se maneja con la extorsión a los comerciantes y la distribución de mercadería de contrabando y robada, pero los vendedores no quieren denunciar por el miedo y por la dependencia económica que existe (*Diario Hoy*, 5 de julio 2003).

Aún cuando la guarida habitual de Luz María Endara era el Panecillo, su centro principal de operaciones fue –de acuerdo a los medios– el mercado de San Roque. Su banda [la de los “chicos malos”] estaba integrada por su familia y allegados sobre los que ejercía su matriarcado: sus hijos, sobrinos, nietos a más de una red de apoyo, reciprocidad y sujeción bastante extensa. Según la crónica publicada en uno de los diarios de Quito, la última vez que salió de la cárcel [poco antes de su muerte] las vendedoras del mercado le hicieron calle de honor. El encabezamiento de esa crónica era “Mama Lucha se pasea por San Roque”:

¡Regresó! Rodeada de diez personas Luz Endara, (a) Mama Lucha, reapareció en los mercados de Quito. El sábado estuvo en el de San Roque. Está libre. En los mercados prefieren guardar un prudente silencio. Si bien en San Roque aseguran que todavía no les exigen dinero, su séquito, antes de que haga su entrada triunfal, se adelanta para hablar con los vendedores y reclamarles que saluden a Mama Lucha, cuando pase frente a sus puestos. Luego, entra con una sonrisa, Luz Endara responde al saludo tímido de los vendedores. Algunos dicen que parecía candidata a alguna dignidad pública. Atrás quedó la historia de la red de extorsión que presuntamente lideraba Luz Endara. Atrás quedó la historia de la puñalada de un jovenzuelo, en el mercado de la América, que obligó a Mama Lucha a internarse en el Hospital Militar.

Atrás quedó el asesinato de César Unapucha, el padre del presunto agresor de Mama Lucha, a quien, según los informes policiales, los familiares de Luz Endara asesinaron salvajemente y luego lo arrojaron en una quebrada. A Mama Lucha le entablaron seis juicios en base de informes policiales. Solo se presentó una acusación particular, por agresiones contra Oscar Ayerve. Un grupo de abogados se encargó de la defensa, que luego estuvo a cargo de Juan Campaña, quien demoró dos años para obtener la libertad de la que fue, en un tiempo, conocida como el terror de los mercados. Sorteó todos los juicios. En unos obtuvo fianza, en otros fue sobreseída. Al parecer, no había razones legales para que continúe detenida, así que salió de la Cárcel de Mujeres de El Inca, cubierta con una piel negra, con grandes aretes en sus orejas, sus labios pintados con un rojo carmín, y volvió a los mercados. Por el momento, solo se pasea y exige que le saluden” (*Diario Hoy*, 20 de Julio 1998).

Luz María Endara no sólo era la cabeza visible de una red de baja delincuencia sino que se hizo famosa por su participación en las festividades populares particularmente religiosas: hacía de prioste y aportaba para el ornato de las imágenes y el arreglo de los altares en la iglesia. Su casa estaba llena de vírgenes y santos con sus respectivas ofrendas. Algunos testimonios la describen con una mujer devota y entusiasta, e incluso como una buena persona. Luego de su muerte fue llorada y venerada como una reliquia. Su cuerpo fue velado tres días con sus noches, y contó con la presencia de mariachis y bandas de pueblo, “como a ella le gustaba”. Al describirla de ese modo la narrativa de los medios provoca una identificación entre lo delincucional y la cultura popular. No sólo se trata de una estigmatización y criminalización de los barrios (Waqcuan, 2001) sino de la vida de la gente en su conjunto.

Los indicadores del miedo

El discurso de recuperación y revalorización del patrimonio, tal como se ha desarrollado hasta el momento, no puede separarse de las acciones de especulación inmobiliaria y de limpieza social en la zona del centro histórico. El problema no es tanto el grado de violencia que se genera o no en esas zonas, como el discurso que se levanta en torno a ello y las acciones policiales que acompañan a ese discurso.

Paradójicamente, al revisar los índices de peligrosidad en la ciudad de Quito y los mapas de georeferenciación, se visibiliza al sector norte como más peligroso que el centro en cuanto a temas como delitos contra la propiedad o relacionados con la violencia sexual. El norte es asumido por la población como el lugar más seguro de la ciudad, aun cuando el número de delitos es tres veces mayor que en el centro de la ciudad.

Tabla 1**Delitos a la Propiedad por Administración Zonal (Agosto 2009 d.m.q.)**

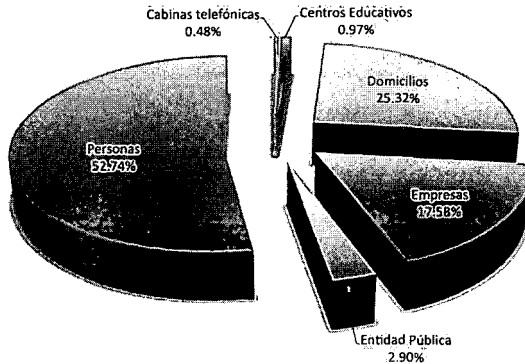
Administración	Frecuencias			Porcentajes		
	Ago-07	Ago-08	Ago-09	Ago-07	Ago-08	Ago-09
Calderón	19	44	26	1%	3%	4%
Centro	144	208	50	10%	14%	8%
Eloy Alfaro	209	213	94	15%	14%	15%
La Delicia	123	162	62	9%	11%	10%
Los Chillos	43	71	42	3%	5%	7%
Norte	700	651	304	49%	43%	49%
Quitumbe	64	36	24	4%	2%	4%
Sin dato	104	72	13	7%	5%	2%
Tumbaco	34	60	5	2%	4%	1%
Total	1440	1517	620	100%	100%	100%

Fuente: Informe Estadístico sobre delitos y violencia en el DMQ. OSC. Agosto 2009

En cuanto al robo de autos la relación es de veintiuno en el centro y ochenta y cuatro en la parte norte de la ciudad, mientras que los delitos sexuales son cuatro en la Administración Centro y trece en la Administración Norte.

Gráfico 3

Delitos a la Propiedad



Afectados	Ago 09
Cabinas telefónicas	3
Centros educativos	6
Domicilios	157
Empresas	109
Entidad pública	18
Personas	327
Total	620

Fuente: Fiscalía. Elaboración: O.M.S.C. Datos sujetos a variación

Es cierto que el Centro Histórico no es ajeno a situaciones de violencia y en el mismo San Roque se vive una violencia cotidiana, pero no es mayor a la que se da en otros lados. Como muestra Waqquan (2000, 2001) las campañas de estigmatización de determinadas zonas no son ajenas al proceso de criminalización de los pobres y de instrumentalización

de acciones de seguridad que les afectan de modo directo. Como parte del imaginario de la seguridad, el Centro Histórico es asumido como el lugar donde se comercializa objetos robados y San Roque como un centro de operaciones, que de acuerdo al discurso institucional se mantiene con la ayuda y en complicidad de los vendedores del sector, ya sea por ser parte de la red delincencial o familiares de quienes comercializa con dichos objetos⁵⁵. Es justamente el engranaje social aún existente, a pesar de la corriente individualizadora y de pérdida de vínculos sociales propia del capitalismo tardío, lo que es estigmatizado y criminalizado.

Hay situaciones relacionadas con la forma como se organiza la economía social que, por el contrario, no llaman la atención ciudadana, la misma que se caracteriza por una insensibilidad social incorporada. La dureza de ciertas formas de ocupación como las de las y los cargadores y desgranadores, responde a una condición estructural antes que a algo específico del mercado. También la división del trabajo responde a factores sociales, étnicos y de género. En el caso de Quito como de otras ciudades, esto está relacionado con la posibilidad de obtener trabajo no calificado, de menor costo, entre una población que la modernidad periférica y tardía ha ido desechando. De acuerdo con testimonios recogidos, no sólo la producción informal se ve beneficiada por esto, sino la formal, como es el caso de las cadenas de supermercados con el trabajo de las y los desgranadores. Se trata de trabajos inestables, ubicados en el límite de lo necesario para la reproducción de la vida como *nuda vida*, aunque la pertenencia a una comunidad o una tradición impidan que la población involucrada pierda del todo su *sentido de vida*, o por lo menos contribuya a desacelerar ese proceso. Lo que se paga por el trabajo de desgranar (que no es considerado ni siquiera un verdadero trabajo) se inscribe dentro de una escala que va de varones, a mujeres, ancianos y niños.

55 Boletín Ciudad Segura, N.o 29. Programa de Estudios de la Ciudad. FLACSO-Ecuador.

San Roque, un espacio hospitalario.

San Roque ha sido calificado como un lugar peligroso, pero por lo que se desprende de esta investigación, es al mismo tiempo un rico espacio relacional volcado a la calle y a los trajines callejeros (Azogue, 1999). Si seguimos a Lévinas (2001) se trataría de un espacio hospitalario, de encuentro de la gente indígena que ha migrado a la ciudad, en condiciones en las que la ciudad en su conjunto se muestra poco hospitalaria, es decir poco abierta a aceptar la presencia del otro. La caracterización que hace uno de los entrevistados no puede ser más elocuente:

Podríamos decir que es un espacio de indígenas, de encuentros, un espacio de concentración del pueblo indígena que ha migrado [...] Un espacio en el que uno se ha sentido y se siente familiarizado a pesar de todas las cosas que se dicen de este sector, pero que a la final ha sido un espacio en donde se puede encontrar (Entrevista a JC 2008).

Hablamos de un espacio hospitalario o que se percibe como hospitalario, abierto a formas de relacionamiento peculiares, en el que participan sobre todo indígenas, el mismo que se ve activado por la presencia del mercado.

Será porque está el mercado allí o no sé porqué pero todo este sector está poblado, es como un espacio de una comunidad en donde nos vemos las caras no sólo los fines de semana sino todos los días, si bajamos por allí, por San Roque siempre vamos a ver un indígena, siempre vamos a ver gente que está andando por allí, gente que está haciendo negocio por allí... por el mismo hecho del asentamiento indígena que se ha dado allí (Idem).

Nos referimos a un tipo de publicidad volcada a la calle. De un espacio favorable a encuentros que no son frecuentes en el resto de la urbe. No podemos hablar de un lugar de anonimato, aunque muchos, sobre todo los jóvenes, preferirían cierto anonimato, sino de un espacio relacional en el que son frecuentes los contactos cara a cara, esto es entre iguales o que pretenden ser iguales, incluso cuando las diferencias económicas y sociales y las relaciones de poder son evidentes. Tampoco San Roque es un lugar inidentificable o sin identificación, sino un lugar significativo

o con significado. Y esto no sólo para la población indígena que llega a Quito sino también para la gente popular ubicada en diversos sectores de la ciudad, que sin ser indígena, comparte elementos de identificación con San Roque. Estamos hablando, entonces, de un rico espacio social claramente caracterizado, de flujo y circulación, predominantemente indígena aunque no exclusivamente indígena. Algo distinto a lo que sucede en el resto de la ciudad en donde las relaciones se han hecho a la vez amplias, difusas e impersonales.

Generalmente vivimos casi en todo este sector en el trayecto de San Roque, la Magdalena y la Cima de la Libertad, [...] entonces un poquito mis hermanas se han ido, que no es muy lejos, a la Magdalena y a la Mena pero como a los hijos tienen en la guardería de San Roque y a la final toda la familia se ha concentrado ahí [...] como hacen el negocio, las ventas, bajan a San Roque y ahí se concentran todos los indígenas. Podríamos decir que San Roque es un espacio donde por familias y por grupos, en diferentes lugares, se concentran por la mañana. Nosotros, por ejemplo, teníamos un sitio donde hacíamos carga, donde cogíamos la carga todas las mañanas y donde nos concentrábamos no sólo la familia sino toda la comunidad que ha migrado por acá (Idem).

Esto no significa que todos se conozcan sino que todos se reconocen, se sienten identificados en términos étnicos y sociales, como indígenas provenientes de Chimborazo, Cotopaxi, Tungurahua, y al mismo tiempo habitantes de la ciudad [una suerte de cosmopolitanismo, o acercamiento al conjunto de las comunidades]. A esto se suman elementos de identificación específicos relacionados con una comunidad de origen, como la comunidad de Shuid, o con la pertenencia a un grupo étnico o nacionalidad autodefinida, como la Pantzalea. Es cierto que hay ‘otros san-roques’ en la ciudad, pero San Roque es posiblemente lo más significativo, incluso para los que viven en otros barrios pero lo asumen como un espacio referencial, al que necesariamente acuden.

Desde el comienzo mismo la gente comenzó a llegar y a concentrarse en estos espacios así como también en otros, más yo le veo por la parte del mercado, eso es lo fundamental ya que alrededor se caen una suma de

gente, si no hubiera el mercado tal vez habría habido, pero no como en la actualidad [...] Claro que hay otros lugares como El Placer, Guamaní, Chillogallo, pero no como San Roque mismo [...] como si en este fuera mismo el sitio, el espacio de tope, el punto de encuentro [...] no tanto para conversar o a propósito, sino más bien por el mismo hecho laboral, por el hecho de estar viviendo en el sector (Idem).

El mercado no es únicamente un lugar de trabajo para los indígenas de San Roque, sino el espacio a partir del cual han organizado su vinculación con la ciudad. Sus puestos de trabajo han sido logrado con esfuerzo, “de modo honrado” [como dicen algunos de los testimonios] en los que se han ganado el respeto de los suyos. Si la ciudad desarrolla un sentido de separación con respecto a estos nuevos habitantes, estos redefinen el sentido de comunidad en el espacio urbano: esto se genera de modo cotidiano en la organización de las actividades del mercado y en la formación de casas de comunidad, pero sobre todo en los momentos de resistencia y de lucha frente a los intentos de expulsión de la zona.

[...] los que venden están luchando para quedarse, si antes han sabido luchar haciendo huelgas, amaneciéndose en las calles, cuidando el puesto, si no estaban presentes quitaba el puesto, es bien difícil para que les manden de aquí, ¿y usted ha visto como defendían los puestos? Los policías municipales venían y no dejaban llegar a los puestos [...] si hay los que recorren pero son pocos los que venden limones, tomates, de ahí son puras asociaciones (Entrevista a AR, JA, 2008).

Si bien es cierto que en el mercado las asociaciones de vendedores han sido claves para resistir la regeneración y expulsión, hay algo que para el municipio no ha estado en negociación, y esto es el hecho de que ese espacio va a ser “recuperado,” aunque se recurra a la fragmentación de las asociaciones y la creación de alianzas con ciertos grupos dentro del propio mercado, a cambio de puestos de ventas en la nueva central de abastos o del convencimiento de que es mejor lograr algo antes que perderlo todo. En el Plan Maestro de Desarrollo Territorial del Municipio de Quito realizado por la administración del alcalde Moncayo, San Roque es una de las prioridades.

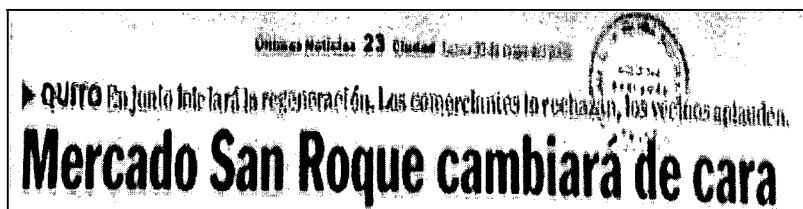
Tabla 2
Intervenciones en el Centro Histórico

La Ronda: Regeneración, vivienda, actividades comerciales y culturales
Plaza San Diego Y Entorno: Regeneración.
El Cumandá: Ejecución de un proyecto de reciclaje del Terminal para vivienda y actividades de recreación
Barrio El Tejar: Regeneración, integración Convento y Paso Elevado
La Tola: Regeneración e imagen urbana.
San Roque: Regeneración e imagen urbana. Derrocamiento Mercado, revalorización Escuela de Artes y Oficios
Hotel Majestic: Habilitación y remodelación del Hotel Majestic, Plaza Grande.

Fuente: Plan Maestro de desarrollo territorial Municipio de Quito (Fragmento). http://www.quito.gov.ec/plan_bicentenario/pmgestionydt.htm

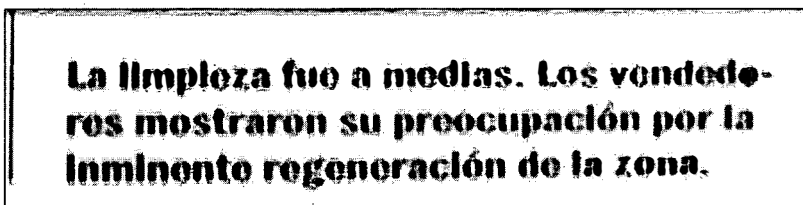
Por otro lado hay organizaciones dentro del mercado que han realizado mingas de trabajo para cambiar la imagen de San Roque, ante la preocupación del inminente desalojo y como una forma de protesta por las intervenciones del Municipio. Para la prensa, sin embargo, cualquier acción por parte de las y los vendedores del mercado es insuficiente y sospechosa.

Imagen 1



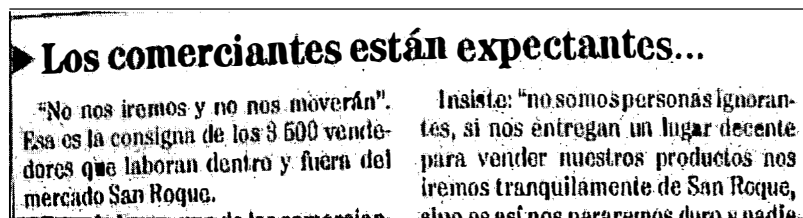
Fuente: Diario *Ultimas Noticias*, 30 de mayo 2005.

Imagen 2



Fuente: Diario *Ultimas Noticias*, 30 de mayo 2005.

Imagen 3



Fuente: Diario *Ultimas Noticias*, 30 de mayo 2005.

Lo que nosotros sostenemos es que todo esto está directamente relacionado con requerimientos de intervención patrimonial que a su vez dan lugar a acciones de policía. Cuando se plantea la creación de lugares más ordenados y limpios además de controlar el uso del espacio público, cosa que el estado ha perdido en espacios populares como el

mercado de San Roque en donde las formas de organización social que dominan son las corporativas y las informales, se busca el desalojo y la renovación urbana. Los vendedores no se niegan al reacondicionamiento y limpieza del mercado pero no es eso, lo que principalmente está en juego sino el reordenamiento social de la zona en su conjunto. La población indígena y popular, habitante de San Roque, ve en la reubicación del mercado una amenaza para su supervivencia en la ciudad y posiblemente no se equivoca. Para ella el mercado podría ser el inicio de un proceso de limpieza social que abarque a la totalidad de San Roque.

¿Pero que es San Roque para la población indígena que se inscribe ahí? ¿Un lugar hospitalario en una ciudad poco hospitalaria? ¿Un espacio en el que se es menos extranjero? ¿Un referente para el que viene de afuera? ¿El punto de llegada y punto de contacto de la población migrante? ¿El lugar en el que se habla la lengua-otra? Un espacio de trabajo y de relacionamiento entre iguales? ¿El lugar donde sentirse seguro?

Lo que da carácter al barrio es el mercado y los trajines que se desarrollan en torno a este. Es lo que impone el ritmo y es el punto nodal desde el cual se organiza la acción social. Pero hay otros espacios y otros tiempos menos visibles, pero importantes en términos de construcción de identidades, que se desarrollan en el interior de las casas de comunidad, los patios de vecindario, los lugares de socialización popular como los relacionados con el deporte [los equipos de fútbol indígenas, disputando en campeonatos a los mestizos], las lavanderías públicas, concebida a su vez como espacios de trabajo [mujeres indígenas que viven en San Roque y que trabajan lavando ropa] y de encuentro.

El ensayo de organización social más interesante y que podría ser desmontado por una política de intervención desde arriba, es la organización de casas comunitarias, así como casas de vecindad integradas por gente afín, proveniente de localidades.

Algunos de esos procesos ocupacionales son el resultado de propuestas político-sociales conscientes dentro de la población indígena, otras se desarrollan de manera natural, a partir de relaciones de parentesco y de pertenencia a un mismo lugar de origen. Se trata de formas de agre-

gación social en un contexto urbano de desestructuración de la sociedad y de individualización de la vida. Las *casas de comunidad*, constituyen un sueño de reconstitución de la *communitas* dentro de la ciudad, en oposición a las prácticas de inmunización y separación desarrollada por los organismos ciudadanos legitimados *Communitas, Immunitas* (Esposito 2003, 2005). Se trata, al mismo tiempo, de un sueño cristiano de organización de un orden moral en medio del desorden impuesto por la ciudad. Algo parecido hacen las iglesias indígenas, como espacios de agrupamiento y cohesión de la población migrante: por un lado la protección frente a condiciones de discriminación, por otro lado el control sobre las familias y particularmente los jóvenes en un contexto de cruce cultural. No hay que verlo ni como un espacio de reproducción de las antiguas relaciones comunitarias en la ciudad ni como parte de un proceso de desidentificación, más bien como parte de la conformación de una nueva forma de agregación étnica y social en el contexto urbano.

Vivir en la ciudad es difícil compañero, porque no sabemos al lado de qué familia vive [...] pero si nosotros vivimos en comunidad y mantenemos nuestras costumbres, nuestra identidad, entonces si algún compañero tiene algún problema, nosotros mismos damos consejos, por ejemplo un disgusto con la mujer, entonces nosotros levantamos a las seis de la mañana, tres de la mañana, dos de la mañana, nuestros taitas ya están allí. Si tiene falla en alguna cosa el esposo o la esposa, ya vienen siquiera dando unos tres correazos nuestros taitas, ya nos corrigen, entonces eso es lo que mantenemos en la comunidad (Entrevista a FM, 2008).

Final

Muy pocos estudios han intentado hacer un seguimiento de las implicaciones sociales de las políticas de patrimonio y renovación urbana, así como de lo que constituye su lado no visible, el paradigma y la práctica de la seguridad. Una reflexión en esta línea puede parecer extrema ya que se trata de procesos que no están conectados de modo inmediato [la correspondencia del experto con el policía, o con el inversor in-

mobiliario, aunque no se conozcan] de modo que su relación resulta poco evidente.

Lo que se ha impuesto es una suerte de *cinismo sociológico* que acompaña al sentido común, por el cual las modificaciones sociales que se provocan con la renovación urbana son percibidas como inevitables, cuando no como necesarias, despojándoles de ese modo de su contenido político y social.

Nuestro interés, por el contrario, está puesto en develar la forma como medidas urbanísticas, de control sanitario y de baja policía como las del reordenamiento de los mercados o el desplazamiento de asentamientos populares se conectan con acciones culturales como las de la puesta en valor del patrimonio.

Dinámicas como las de la gentrificación, la especulación inmobiliaria y patrimonial o la limpieza sociológica son naturalizadas, convertidas en parte de una racionalidad técnica, más espacial que social. Incluso los políticos y funcionarios progresistas se muestran hasta el momento poco sensibles a políticas de conservación de las áreas históricas más democráticas, que tomen en cuenta las demandas y las necesidades de la gente –como en el caso de la población indígena y popular de San Roque– rehabilitando los espacios sin promover la expulsión social, ya sea cerrando puestos de trabajo, promoviendo inversiones inmobiliarias o cambios en los usos sociales y en la composición social de la población. Y esto con dinero público, o simplemente esgrimiendo prácticas policiales de desalojo.

Las ciudades del tercer mundo, se han vuelto difíciles de gobernar. Aparentemente han dejado de ser espacios relacionales, si es que alguna vez lo fueron para pasar a formar parte de redes, flujos y contra-flujos económicos, políticos y sociales [incluido redes del crimen y el narcotráfico], en donde las posibilidades de control corporativo y personalizado que caracterizaba a las urbes hasta hace unas décadas se ve rebasada constantemente. En lugar de espacios urbanos claramente delimitados, con su centro y periferia, organizados de manera interconectada y al mismo tiempo jerárquica, como extensión imaginaria del modelo co-

C

lonial del damero, lo que se da hoy es una proliferación de espacios en expansión, sin un orden ni una centralidad definida, así como una multiplicación de flujos visibles e invisibles, formales e informales que aparentemente escapan a un orden global.

En la medida que una ciudad crece y se desborda, rompiendo su ordenamiento interno y desdibujado sus límites, surge la necesidad de ensayar nuevos modelos de gobierno de sus poblaciones, basados en dispositivos como la planificación y la seguridad y en un imaginario de cohesión social, cuya base es la reinención de una tradición o la vuelta a unos orígenes. La memoria de la ciudad se activa en momentos como este, construyendo una *nostalgia cínica* de lo que se va destruyendo y convirtiendo en ruinas –fundamentalmente el engranaje social– y en la fabricación de monumentos. La memoria se convierte, bajo esas circunstancias, en un instrumento clasificatorio. Como parte del proceso de renovación urbana y de conversión de los centros históricos en patrimonio se ha ido imponiendo una memoria única, conmemorativa, capaz de construir una imagen conservadora de orden en situaciones de desorden social y de desatención de las condiciones y la calidad de vida de las poblaciones. Esto se expresa, por ejemplo, en la reinención de un referente espacial como el malecón de Guayaquil, como *espacio público controlado* en oposición al *espacio peligroso* del suburbio. Esta misma sensación de control sobre la ciudad fue producida en Quito a partir de la erradicación del comercio informal y la renovación de algunas plazas como Santo Domingo y San Francisco o calles emblemáticas como la de la Ronda. El discurso y la práctica del patrimonio y la renovación urbana contribuyen a producir una ilusión ciudadana, de proyecto en común, ahí donde se ha producido un declive de lo público y del “hombre público” (Sennet, 2001; Caldeira, 2007; Bauman, 2008).

Bibliografía

- Azogue, Abrahan (2008). "El Barrio de San Roque... Lugar de Acogida". Equipo de Investigación Indígenas Urbanos, San Roque, Quito: FLACSO
- Agamben, Giorgio (2004). *Estado de Excepción*, Homo Sacer II. Barcelona: Pre-textos.
- Bauman, Zigmunt (2006). *Vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia.
- Bajtín, Mijail (1998). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid: Alianza Editorial.
- Benjamin, Walter (1993). "Poesía y Capitalismo" en *Iluminaciones II*. Madrid: Taurus.
- _____ (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Caldeira, Teresa (2007). *Ciudad de Muros*. Buenos Aires: Gedisa.
- Boletín Ciudad Segura, No. 29. Programa de Estudios de la Ciudad. FLACSO-Ecuador
- Cazamajor, Philippe y Luz del Alba Moya (1984). "La red de ferias y mercados de Quito". *Documentos de investigación, Instituto Panamericano de Geografía e Historia*. Quito: ORSTOM.
- Deleuze, Gilles (1999). *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Pre - textos.
- Derrida, Jacques (2006). *La Hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Diario Hoy (2003). "Las redes de extorción apuntan al centro de Quito". Sábado 5 de julio de 2003.
- Diario Hoy (1998). "Mama Lucha se pasea por San Roque", 20 de Julio 1998.
- Diario Hoy (2003). "Las redes de extorción apuntan al centro de Quito". 05 de Julio 2003.
- Diario Últimas Noticias (2005). "Los vecinos de El Tejar trabajan para cambiarle la cara al sector". 30 mayo 2005.
- Esposito, Roberto (2003). *Communitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Esposito Roberto (2005). *Immunitas: protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Mutaciones Amorrortu.
- Kingman Garcés, Eduardo (1992). "Ciudades de los Andes: homogenización y diversidad" en *Ciudades de los Andes*. Quito: IFEA-Ciudad. 9-52 pp.

- _____ (2006). "La Ciudad y los Otros. Quito 1860-1940". *Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Universitat Rovira i Virgili.
- Minchom, Martín (2007). "El pueblo de Quito. 1690-1810". *Demografía, dinámica sociorracial y protesta popular*. Quito: FONSAL.
- Michael Hardt y Antonio Negri (2006). *Multitud*. Madrid: Random House- Mondadori.
- Rancière, Jacques (2006). *Política, policía, democracia*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Salgado, Mireya (2008). "El patrimonio cultural como narrativa totalizadora y técnica de gobernabilidad" en *Revista Centro-H*, No 1, agosto. 13-25 pp.
- Sennet, Richard (2001). *El Declive del Hombre Público*. Barcelona: Península.
- Wacquan, Loic (2001). *Parias Urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- _____ (2001). *Cárceles de la Miseria*. Buenos Aires: Manantial.

¿Quiénes somos los autores?

Abrahan Azogue es Dr. (c) en Ciencias Sociales con mención en Estudios Políticos en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Ecuador. Ha trabajado temas de identidad, cultura, migración, patrimonio y planificación rural.

Erika Bedón es Maestra en Ciencias Sociales con Mención en Antropología en FLACSO-Ecuador. Actualmente ha sido admitida como estudiante de doctorado en Antropología en la Universidad Rovira I Virgili de Tarragona. Ha trabajado temas de memoria urbana, indígenas y migración.

Clorinda Cuminao Rojo es Licenciada en Antropología Social por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile y Maestra en Ciencias Sociales con mención en Estudios Étnicos en FLACSO-Ecuador. Ha trabajado temas de memoria, cultura popular, indígenas urbanos.

María Augusta Espín es Dra. (c) en Ciencias Sociales con mención en Estudios Políticos en FLACSO-Ecuador. Ha trabajado temas de memoria urbana, oficios, barrios populares, indígenas y migración. Actualmente está elaborando su tesis de Doctorado sobre la Construcción del sujeto de clase media en barrios populares de Quito, en las décadas de los 50-60 y 70. Memorias, relaciones y diferenciación.

Eduardo Kingman Garcés, es Ph. D. en Antropología Social y Cultural por la Universidad Rovira I Virgili de Tarragona y Coordinador del Doctorado en Ciencias Sociales con mención en Estudios Políticos en FLACSO-Ecuador, donde también es profesor investigador del departamento de Antropología y ha trabajado temas relacionados a historia y antropología urbana, memoria y patrimonio, caridad, beneficencia y la constitución de sectores sociales urbanos.

Gina Maldonado Ruiz, es Maestra en Asuntos Indígenas por FLACSO-Ecuador. Actualmente es Directora de Investigación y Proyectos de la Asociación de Productores Audiovisuales Kichwas APAK. Trabaja sobre temas de identidades transculturales, memoria oral e histórica, migración, desterritorialización y reterritorialización identitaria y cultural en los pueblos originarios del Ecuador.

Agradecimientos

Quienes conformamos el grupo de investigación de San Roque queremos agradecer el apoyo brindado para este trabajo por Carlos Armijos, Isaías Ayllón, José Luis Betún, Manuela Cáceres, Elena Carrera, María Coro, Luis Chalco, María Guamán, Rosario Guamán, Segundo Guami, Teresa Gualotuña, José Antonio Guapi, Luz María Guaraca, José Carlos Illicanchi, Feliciano Mejía, David Moromenacho, Alfredo Paguay, Samuel Quishpe, José Reinoso, Héctor Panchi, Zoila Yupangui, entre otros muchos compañeros compañeras que han sabido brindarnos sus relatos.

Sus experiencias y vivencias en el barrio, el mercado y las comunidades de origen, han constituido en el punto de partida de las reflexiones que hemos ido construyendo en este libro.

A cada uno de ustedes nuestro más sincero agradecimiento.

Grupo de investigación FLACSO-HEIFER